



En un club de golf, en Palm Beach, Florida. El duque —guapo, encantador, elegante— pasó a la popularidad que dan las publicaciones «del corazón» como el príncipe que prefirió el amor...

EDUARDO era guapo, encantador, elegante y un maduro príncipe. Un tanto inerte, el hombre esperaba la muerte de su padre con una mezcla de abulia y expectativa, heredada precisamente de sus antepasados. La Reina Victoria tardó tanto en morir, que la resignación se convirtió en la principal virtud de los príncipes herederos del reino. Eduardo, pues, recibió con un cierto desdén la noticia de que el Rey había muerto y de que, por tanto: ¡Viva el Rey! Graves tribulaciones amenazaban su corazón. Estaba enamorado de una divorciada norteamericana, y los buenos Reyes no se casan con gentes que no son de sangre real y, además, que posean el estigma del divorcio. Pero en el fondo del corazón del Rey Eduardo algo le advertía de que debía ser fiel a sí mismo para no ser infiel a su pueblo. Y eligió el amor. A los diez meses y unos cuantos días de reinado, el Rey abdicaba en su hermano Jorge, se despedía con un patético «Adiós, muy buenas» de su pueblo y partía hacia un voluntario exilio, donde le esperaba la divorciada americana. Mas no por ello se derrumbó la monarquía en su país legendario. Al contrario, el pueblo comprendió que la excepción confirma la regla y que el joven Rey no había sido víctima de un mal cariño, sino de la locura de amor. Ya lo cantarían años después Antonio Amaya al replantearse los problemas amorosos de la Reina doña Juana la Loca.

Reina Juana, ¿por qué lloras?, / si es tu pena la mejor, /porque no fue un mal cariño / que fue locura de amor.

Así se las pusieron

Creo que urge una sustitución en el refranero cósmico. A la conocida expresión: **Así se las pusieron a Fernando VII**, habría que darle vacaciones y sustituiría por la de: **Así se las pusieron a Eduardo VIII**. En su juventud se divirtió como un auténtico comanche, de los de antes de la colonización anglosajona, y cuando se le llamaba para ocupar el decorativo puesto de Rey constitucional se marchaba con una hermosa y distinguida señora, protegido por la generosa pensión estipulada por la Real Casa y por los bienes de fortuna que los príncipes ya traen a este mundo bajo el brazo. Además, las pobres, encantadoras gentes, iban a reverenciarle en el altar de los santos románticos, prestigiado,

EL DUQUE DE WINDSOR

porque había revaluado el papel del sentimiento frente a las razones de Estado.

De hecho, decorativo o no, un Rey en el Reino Unido de los años treinta tenía ante sí aunque sólo fuera el espectáculo de una crisis política de campeonato, y no precisamente de campeonato de «cricket». En 1929, el segundo Gobierno laborista, nuevamente a cargo de Ramsay MacDonald, había intentado normalizar la situación exterior con el reconocimiento de la URSS y apuntalar la situación exterior paliando las consecuencias de la Gran Depresión. Pero las medidas de MacDonald no podían contener el desbordado río del pesimismo económico de la burguesía, del paro obrero, de escándolos político-financieros que suelen caracterizar las épocas de crisis colectiva. Dimite el jefe laborista en 1931, y le sucede un Gobierno de unidad nacional formado por conservadores y liberales. Nuevamente reaparece MacDonald encabezando una mixtura política de liberales, conservadores y trece «laboristas nacionales». Inútil empeño. La crisis galopante obliga a un nuevo cambio gubernamental en 1933; esta vez, un Gobierno monocolor en el que las «vedettes» son los conservadores Baldwin y Neville Chamberlain. La estabilidad del Gobierno no pasa de 1935. Otro Gobierno de unidad nacional encabezado por Baldwin. Es el que asistirá a la muerte de Jorge V, a la proclamación de Eduardo VIII, a la renuncia de Eduardo VIII, al nacimiento del mítico duque de Windsor.

Gobiernos y contragobiernos; Inglaterra pasa por una época crítica, como toda Europa, como todo el mundo. Se pasa por lo que se ha llamado «crisis de la democracia», cuando en realidad debiera haber recibido el nombre de crisis del capitalismo. A la sombra de los cambios y recambios de Gobiernos impotentes para encauzar el río de la crisis, Keynes busca las soluciones reformistas que van a permitir un sólido remiendo para el sistema capitalista, un remiendo que beneficiará sobre todo a los americanos, como consecuencia de la próxima segunda guerra mundial. Cuando el Rey Eduardo VIII se convierte en el romántico duque de Windsor, España está a punto para la guerra civil, el fascismo se ha revelado como el remiendo pobre para el capitalismo nacional inseguro y los poderosos intereses monopolíticos internacionales subvencionan por una parte a los políticos demócratas *comme il faut* y, por otra parte, a los movimientos fascistas, que puedan ser la definitiva trinchera contra el avance del comunismo.

Nada de esto afectaba a Eduardo VIII. El Rey de Inglaterra existe para que no exista un vacío, y la abdicación de Eduardo VIII fue un mero acto protocolario que sólo afectó a la emotividad de las masas. Prohijaron el amor del príncipe abúlico con el mismo celo con el que los obreros en paro ahorcaban la efigie de Neville Chamberlain en el Hyde Park y sacaban de pena los vientres del alma con la contemplación de la tibia infinitud blanca de las carnes de Mae West o en la fría infinitud no menos blanca de la piel de Greta Garbo.

Un dorado exilio

El duque de Windsor y Mrs. Warfiel-Simpson nunca figuraron en el Gotha-Gotha, pero formaron parte de ese Gotha bis de profesionales de la sangre azul. Se instalaron en Francia y siempre dieron la impresión de tener problemas económicos. En 1940, el Gobierno inglés concede al duque el cargo de gobernador de las Bahamas con el fin de que tenga un sobresueldo. El duque manifestó su disgusto por el evidente pluriempleo al que se veía sometido: profesional de la sangre azul y gobernador hipotético.

Cuando los alemanes invadieron Francia, el duque se trasladó a España y Portugal, donde protagonizó un curioso y nunca suficiente aclamación.



El duque de Windsor y Mrs. Warfiel-Simpson nunca figuraron en el Gotha-Gotha, pero formaron parte de ese Gotha bis de profesionales de la sangre azul. Se instalaron en Francia y siempre dieron impresión de tener problemas económicos. Hasta 1965 no hubo un encuentro entre Isabel II y Mrs. Simpson. Precisamente, esta foto corresponde a una de las entrevistas entre los duques y la Reina, en París, en 1965.

M. VAZQUEZ MONTALBAN

rado «affaire» diplomático. Von Ribbentrop había concebido el proyecto de acabar con las preocupaciones económicas del duque y con su pluriempleo mediante el simple acto de proclamarle Rey de Inglaterra tras la evidente próxima ocupación alemana. El Rey volvería con su hábito romántico, montado sobre el caballo blanco de la pacificación. La conversión de profesional de la sangre azul en mariscal Pétain a la inglesa no fue rechazada de plano por el duque de Windsor. Tenía un cierto resentimiento hacia su hermano reinante y hacia el Parlamento por la avaricia, según él, que habían manifestado en las pensiones económicas concedidas. Las otras cuestiones, la ideología del fascismo o del nazismo no le parecían asuntos en los que un ex Rey debiera meter las narices. Le debían parecer cosas casi tan plebeyas como las Trade Unions o los ministros de Ramsay McDonald.

Se dice que fue su esposa la que desaconsejó que colaborara con la reinstauración «made in Germany». Mistress Simpson tenía un congénito sentido de las ideas democráticas, y el Departamento de Estado norteamericano hizo el resto. Portugal se convirtió en el escenario de las extrañas negociaciones, que no se traducían en el impecable aspecto exterior o interior del romántico exiliado por amor.

En Lisboa hubo un delicioso encuentro en el que los agentes alemanes trataron de convencer al duque de que el Intelligence Service quería asesinarle y de que no le quedaba otra salida que la colaboración con los alemanes. El duque escuchó la propuesta y la rechazó días después. En un comunicado precisó que la «... había tratado con el desprecio que se merecía».

Embarcó, pues, hacia las Bahamas, resignado con el pluriempleo. Al acabar la guerra vivió sexagenaria «dolce vita» muy ingenua, muy alejada todavía de la «dolce vita» basada en los dineros del «boom» neo-

UN PROFESIONAL DE LA SANGRE AZUL

capitalista. Malas lenguas decían que formaba parte de la «troupe» de personajes de la realeza y la aristocracia que cobran por asistir como figurantes a bodas, bautizos, entierros y fiestas de buena sociedad. El duque seguía quejándose de lo poco que le pagaban en su jubilación de Rey y del desconocimiento social en que se envolvía a su esposa por parte de la Real Casa Británica. En 1951 volvió a Inglaterra para ver a su hermano de cuerpo presente, y durante las ceremonias del entierro trató de convencer a su familia de que le aumentasen la pensión y de que aceptasen a Mrs. Simpson.

La envarada Isabel II había tenido una cierta afición adolescente al mito del tío romántico, y su hermana Margarita disfrutaba de una libérrima juventud que escandalizaba a la Corte. Pudo más la tacañería del Gobierno (Inglaterra pasaba por un duro régimen de reconstrucción económica) y la beatería protocolaria de la vieja familia, de la vieja Corte. El ex Rey volvió a su dorado exilio francés.

Hasta 1965 no hubo un encuentro entre Isabel II y Mrs. Simpson. Fue a raíz de una intervención quirúrgica en los románticos ojos azurubios del viejo duque. La Reina visitó a los tíos en el hospital. Pero no bastaba. Isabel II, una mujer obcecadamente tradicional, no llamó a su tía «alteza», palabra clave, según parece, para que las cosas hubieran quedado tal como quería el duque de Windsor.

A un lector medianamente desarrollado, toda esa historia le parecerá una auténtica broma del espíritu. Pero no hay que olvidar la cantidad de prensa del corazón, de prensa de la vista, el oído y el olfato que han hecho vender estos temas y estos profesionales de la sangre azul. Misterios de la mitificación popular, los duques de Windsor conservaban, en los años cuarenta, cincuenta, sesenta, una clientela sentimental adicta, y a pesar de los Beatles o de Bobby Charlton, eran el símbolo viviente de Inglaterra, situado en el punto equidistante de las cuatro esquinas del Universo.

En Buckingham Palace. ¡Por fin!

Ahora, Isabel II ha invitado a su tía al palacio real, mientras aguardaba las exequias fúnebres de su marido. Eduardo, duque de Windsor, no ha vivido para verlo. Ha triunfado después de muerto, como Stendhal, Francisco Cambó y Humphrey Bogart. Incluso se han dado seguridades a Mrs. Simpson de que cuando muera será enterrada junto a su marido en la tumba de Frogmore, a pocos metros de la Reina Victoria, entre lo mejorcito de la casa de Hannover.

La constancia tiene su recompensa. Esta sería la moraleja de esta definitiva historia de amor. El *Daily Mail* ha titulado a toda página: «El duque vuelve a casa», quitando espacio y titulares a los apuros de Heath para frenar las huelgas salvajes, el sindicalismo salvaje, el social-salvajismo del proletariado industrial británico más combativo desde los tiempos de Ramsay y McDonald. La entrada en Europa enfrenta a Gran Bretaña al espejo que le devuelve una imagen crítica. Heath es impopular. Wilson no es popular. Las Trade Unions se alinean en el coro del sindicalismo europeo, que pide garantías a esa Europa de los monopolios, hasta ahora construida a sus espaldas y sobre sus espaldas.

De nada de eso se ha enterado tampoco el duque de Windsor. Un príncipe que asumió radicalmente la inutilidad de entender el mundo que le rodeaba. Un mundo en el que los medios de comunicación de masas podían dar igual valor a la noticia de su *espartá* monárquica como a la noticia de la irresistible ascensión de Adolfo Hitler, a la noticia de su muerte y a la noticia de los bombardeos de Haiphong y Hanoi. ■ M. V. M.